

¿Oíste qué bien cantó aquel adagio? Pues es la viuda de Nino; ya espira; a imitación del cisne, canta y muere.”

Al llegar aquí estábamos ya en el baile de máscaras; sentí un golpe ligero en una de mis mejillas. ¡Asmodeo! grité. Profunda obscuridad; silencio de nuevo en torno mío. ¡Asmodeo! quise gritar de nuevo; dispiértame empero el esfuerzo. Llena aún mi fantasía de mi nocturno viaje, abro los ojos, y todos los trajes apiñados, todos los países me rodean en breve espacio; un Chino, un marinero, un abate, un Indio, un Ruso, un Griego, un

Romano, un Escoces..... ¡Cielos! ¿Qué es esto! ¿Ha sonado ya la trompeta final? ¿Se han congregado ya los hombres de todas las épocas y de todas las zonas de la tierra a la voz del Omnipotente en el valle de Josafat?..... Poco a poco vuelvo en mí, y asustando a un turco y una monja entre quienes estoy, exclamo con toda la filosofía de un hombre que no ha cenado, e imitando las expresiones de Asmodeo, que aun suenan en mis oídos: “El mundo todo es máscaras: todo el año es carnaval.”

*Mariano José de Larra*

## EGOISMO...?

### IV

Donde hubo fuego rescoldo queda, asegura el refrán popular.

Así, Luis, dentro del pecho tenía un brasero de amor, que sólo necesitaba para inflamarse un soplo que arrebatara celos estúpidos, vanidades necias y preocupaciones quiméricas.

Luis experimentó lo desagradable de ser despreciado, sobre todo cuando se tiene, fundada o no, gran opinión de sí mismo, pero gozó con la idea de que en verdad no había sido rechazado, que su confusión y vergüenza ante Alfredo podía perdonarlas pues supo que fué comedia la acción de Felicia. Cuando volvió a su casa, la noche que tan agradable noticia tuvo, entró tarareando una canción de zarzuela y diciendo bromas, sin percatar que el ánimo de su familia no tenía igual disposición. Marta no estaba para bromas, pero no recibió mal las de Luis; la orgullosa escondía mañosamente dentro de su pecho la herida, y por eso pudo ser franco el regocijo del joven; si no, la tristeza de su hermana hubiera encontrado simpatía en él, cuyo sincero cariño fraternal y hondo, desde pequeños, en ambos hijos, lo fomentó tesonera-mente su delicada madre.

Después de cenar, Luis se dispu-

so a la lectura. Entró en su gabinete, cogió al acaso un libro de su biblioteca, y ya lo tenía en las manos, cuando le vino el deseo de leer la “Graciela” en cuyas páginas muchos trozos tenía marcados por bellos. Abrió entonces su armario y sacó junto con la novela, las prendas que, como oro en paño, conservaba, de Felicia: un pañuelito perfumado aún y con las arrugas del uso, un clavel y un ramo secos, un alfiler de corbata minúsculo, de zafiro... Al hojear el poema en prosa, sentimental y filosófico de Lamartine, encontró el billetito de Felicia, firmado con la inicial mayúscula F. Dejó desparrramados en la mesa de su escritorio los recuerdos de amor, y tendiéndose en el sofá reflexionó:

—Es triste pasar por el mundo sin hacer nada grande y digno. Amar es un placer divino; inspirar verdadero amor es dón celestial. No hay ser por todos amado; ni Jesús, el dulce y sacrificado Jesús. Y sería una gran dicha para todos, que cada cual amara profundamente a los demás; que cada cual sufriera con el mal ajeno tanto, que por librarse a sí mismo de la pena corriera al socorro de sus semejantes; si llegara esa edad, no de oro sino de fineza de sentimientos, como por milagro florecería otra vez sobre el